

Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia a realizarse en Catamarca del 2 al 5 de octubre de 2019. Mesa 70: Historia de las FFAA, la guerra y la defensa nacional. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia.

De la Guerra Fría a la Guerra Contrarrevolucionaria en la Argentina de los años 60. La imaginación geopolítica en las elites de poder cívico-militares (1962-1966)

Fabián Bosoer
Untref/IDEIA
fabian.bosoer@gmail.com

Esta ponencia aborda la relevancia que tuvo el sistema de creencias de la elite de poder en la Argentina de los años '60, y el modo en que sus dirigentes civiles y militares concibieron y enfrentaron los desafíos externos e internos más importantes. Tomando como fuentes documentos oficiales, artículos periodísticos, notas publicadas en revistas institucionales, discursos de altos funcionarios y pronunciamientos de voceros influyentes, se analiza la interacción entre las esferas civil y militar en un período significativo de dicha década (1962-1966) y la influencia de sus distintos componentes ideológicos sobre el proceso decisorio.

Este período- delimitado por las caídas de los gobiernos de Arturo Frondizi y Arturo Illia- se considerará como un momento de transición –o “período nodal” en el cual los cambios en el escenario externo se presentan como principales condicionantes del conflicto político doméstico. Como una profusa bibliografía lo enseña, las distintas etapas de la Guerra Fría tuvieron en nuestro país un impacto singular, que habría de repercutir también de manera peculiar en las relaciones exteriores. Particularmente, se abordan los modos de observación de las relaciones entre Occidente y Oriente, entendidas como categorías geopolíticas en la formulación e implementación de la política exterior argentina en el período señalado, y las matrices culturales subyacentes. Asimismo, en este período las relaciones con los actores principales del sistema internacional -Estados Unidos, en particular- serán una variable interviniente central, en la medida en que será en torno a la manera de encarar tales relaciones que se producirán las principales controversias y juegos de alianzas externas e internas. Interesará precisar, en particular, las fuentes de inspiración de la política exterior, la superposición de relaciones cívico-militares y la compartimentación de la estructura decisoria al interior del Estado.

En segundo lugar, al analizar el modo en que la política internacional se introduce en la política doméstica, se colocará el foco en la preocupación por la “seguridad nacional”;

noción que extenderá su alcance, intensificará sus efectos y subsumirá e impondrá sus premisas al resto de cuestiones de la agenda de la política exterior y, por momentos también de la política interna, dando a los militares una injerencia sobre diversos aspectos de la vida nacional y el ejercicio del gobierno.

América latina, escenario del conflicto Este-Oeste: canales de vinculación hemisférica inter-estatales e intra-estatales

A comienzos de la década del 60, la Argentina se debatía entre las tensiones internas de un sistema institucional sometido a la tutela militar, la proscripción de su movimiento político mayoritario y las tensiones externas derivadas de su dificultosa inserción internacional en el contexto de la Guerra Fría, dada su condición periférica y dependiente y su situación de aislamiento relativo. La geopolítica nacional, entendida como visualización de los recursos naturales y humanos, capacidades materiales y potencialidades de relacionamiento del país en el contexto regional e internacional, se encontrará condicionada, en dicho marco, por estos desarreglos institucionales, formulaciones ideológicas y factores estructurales.

Por un lado, los estudios geopolíticos referidos a la relación entre política y espacio – terrestre, marítimo y después aéreo- y la preocupación por los problemas territoriales y limítrofes, se habían establecido en los institutos superiores de las Fuerzas Armadas como doctrina y modelo normativo¹. Por otro lado, la conducción del Estado “realmente existente” se manifestará más como una yuxtaposición conflictiva de grupos de poder y elencos influyentes que como actor racional, unitario y centralizado en condiciones de responder a esos desafíos geopolíticos. Dentro de ella, los militares formaron parte de las altas jerarquías políticas y administrativas trascendiendo sus misiones y funciones específicas, no solo en períodos de interrupción del régimen democrático, teniendo activa participación en el proceso político y constituyendo –o integrando- la elite de poder político-estatal².

¹ Para una revisión del pensamiento geopolítico tradicional y contemporáneo y su influencia en la Argentina y América latina, ver Miriam Colacrai, *Perspectivas teóricas en la bibliografía de política exterior argentina*, en Roberto Russell, Enfoques teóricos y metodológicos para el estudio de la política exterior, GEL-RIAL, Bs.As., 1992; Adolfo Koutoudjian et al, *Geopolítica tridimensional argentina*, Eudeba, 1999; Arie M. Kacowicz, *Geopolitics and Territorial Issues: Relevance for South America*, Geopolitics. Vol.5 N°1, 2000, pp.81-100. Miguel Angel Barrios, *Diccionario latinoamericano de seguridad y geopolítica*. Biblos, 2009.

² Germán Soprano y Virginia Mellado, *Militares y élites en la Argentina del siglo XX y XXI. Problematisando definiciones teóricas y usos empíricos de las categorías*. En Población y sociedad. Revista de Estudios Sociales. Universidad Nacional de La Pampa, vol.25. Núm.2, 2018. Se entiende aquí como elite de poder político-estatal a un universo preciso de grupos dirigentes diferenciado, por un lado,

Al mismo tiempo, con la quiebra del régimen presidencial republicano adquiere contornos más definidos una política exterior de carácter bicéfalo, con cabeceras en la Cancillería y en los Estados Mayores del Ejército y de la Marina, que se evidenciará en la actuación de diplomacias que correrán por carriles paralelos, en frecuente contradicción y competencia³. La diplomacia civil podía acreditar logros en el campo económico y comercial dentro de una línea de acción que ponderaba la apertura al multilateralismo en las relaciones exteriores y la búsqueda de alternativas al desarrollo dependiente. La diplomacia militar y otros sectores del establishment económico avanzaban por su cuenta en la búsqueda de un estrechamiento de la cooperación con los Estados Unidos, inscripta en el clima de contienda ideológico-estratégica con la Unión Soviética que impregnaba la política interna de todos los países americanos.

La apuesta por un escenario internacional más propicio para el mundo en desarrollo, favorecido por la transferencia de capital, inversiones y tecnología y por la cooperación multilateral, chocará con el recrudecimiento de la Guerra Fría y la confrontación Este-Oeste, instalada como principal hipótesis de conflicto en América latina a partir de la Revolución cubana (enero de 1959). Una alta polarización se irradiará a todo el continente y en la política interna de los países latinoamericanos, privilegiando el factor militar-ideológico por sobre el socio-político e institucional. La preocupación por las amenazas a la seguridad y la invocación a la revolución se impondrán, en la imaginación geopolítica de los núcleos duros del Estado, sobre las ideas de desarrollo y, más aún, por sobre las cuestiones relativas a la estabilidad de la democracia⁴.

de una definición más amplia de elite de poder (o clase dirigente) y, por el otro, de otra definición más restringida, circunscripta a la elite gobernante. Sobre el tema ver Fabián Bosoer, *Generales y embajadores. Una historia de las diplomacias paralelas en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2005.

³ Bosoer F. (2005), op.cit., Introducción. Textos de referencia ineludible son los de Robert Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971 (dos tomos más se publicaron años más tarde); Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1982, 2 tomos; Andrés Cisneros y Carlos Escudé et al, *Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, Bs.As., GEL-CARI, 1998; Juan Archibaldo Lanús, *De Chapultepec al Beagle. Política exterior argentina: 1945-1980*, Tomos 1 y 2, Ed. Hyspamérica, Bs.As., 1986; José Paradiso, *Debates y trayectorias de la política exterior argentina*, Bs.As., Grupo Editor Latinoamericano, 1993.

⁴ Si se considera a la Guerra Fría como un proceso homogéneamente confrontativo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, con ciclos de hostilidad y ciclos de distensión, el tramo 1960-1965 se reconoce como una segunda instancia de mayor hostilidad, momento en que la URSS accede al poderío nuclear y se produce la crisis de los misiles en Cuba. La primera se había extendido de 1948 a 1953, con la Guerra de Corea. John Lewis Gaddis, *Nueva historia de la Guerra Fría*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011, pp.152-214; Loris Zanatta, *Historia de América Latina*, (Siglo XXI Editores, Bs.As., 2012), pp.161-207; Fabián Bosoer, *América latina y “la larga década” de los años 60: 1959-1973*, en *El mundo después de la Primera Guerra*, Susana Brauner (editora), UADE-Temas, Bs.As., 2014, p.199-211; Paradiso, J.1993, op.cit., p. 137-152.

La expansión del sistema militar interamericano a instancias de Washington se verá impulsada por la identificación de un enemigo ideológico y geopolítico encarnado en la penetración soviética a través de Cuba y el imperativo de hacerle frente de dos maneras: estableciendo un cerco de aislamiento sobre la isla y asignando funciones de seguridad interior y control ideológico a las fuerzas armadas nacionales.

Expresión clara de esta reorientación es el memorándum del Departamento de Estado de enero de 1961, coincidente con la llegada de John F. Kennedy a la presidencia, titulado *“Un nuevo concepto para la defensa y el desarrollo hemisférico”*. Allí se estima que la estrategia fundada en la amenaza extra-hemisférica carecía de realismo en las nuevas circunstancias y que por ello *“...los Estados Unidos deberían comprometerse a a)promover programas en los que las Fuerzas latinoamericanas estén idealmente asociadas en el rol de la defensa continental y b)convencer a los líderes militares latinoamericanos para lograr énfasis en el mantenimiento de la paz interhemisférica y contribuir al desarrollo interno de los países...”*⁵.

Los imperativos geopolíticos elaborados por los estrategas del conflicto interno promoverán el apoyo a líderes políticos y militares dispuestos a alinearse activamente en el marco del antagonismo ideológico y prepararse para la lucha contrainsurgente. Al mismo tiempo, favorecerán el incremento de los recursos presupuestarios de las Fuerzas Armadas y su injerencia en las decisiones en todas las áreas de gobierno.

Había una política bifronte de los Estados Unidos hacia América latina. Mientras Kennedy exaltaba una política de principios y los valores de la democracia, Robert Mc Namara, su Secretario de Defensa, sería un sincero expositor de los intereses e intenciones ulteriores: *“Probablemente el mayor rendimiento de nuestras inversiones de ayuda militar proviene del adiestramiento de oficiales seleccionados y especialistas clave en nuestras escuelas militares y sus centros de adiestramiento en Estados Unidos y ultramar (...) Son los líderes del futuro, los hombres que dispondrán de pericia y la impartirán a sus fuerzas armadas. No es necesario que me detenga a explicar el valor que tiene el disponer en cargos de dirección de hombres con un conocimiento de primera mano de cómo los norteamericanos actúan y piensan. Para nosotros no tiene precio hacernos amigos de estos hombres (...) Tenemos un largo camino que recorrer para crear e instrumentar las contramedidas efectivas a la guerra revolucionaria”*⁶.

⁵ *“A new concept for hemispheric defense and development”*, 15/1/61, Departamento de Estado. Citado en A.Lanús (1984), op.cit., 1984, p.172.

⁶ Citado en D’Andrea Mohr, José Luis, *Memoria debida*, Colihue, Buenos Aires, 1999.

El gobierno de Arturo Frondizi será objeto de permanentes acusaciones de “favorecer al comunismo” y no conocerá momento de paz en su relación con las Fuerzas Armadas. No se le perdonará la recepción a Fidel Castro en Buenos Aires, el 1° de mayo de 1959, pese a que el líder cubano venía de una gira consagratoria en los Estados Unidos y era tratado con admiración y respeto por la prensa tradicional, ni los postulados latinoamericanistas y “terceristas” de la política exterior. Permanentemente planteos castrenses, por este y otros tantos motivos, tenderán a recortar sistemáticamente el ya de por sí acotado margen de maniobra oficial, mientras mostraban que la corporación militar no guardaría sus pliegos de exigencias aunque careciera de un liderazgo interno unificado y estuviera atravesada también por las constantes disputas e intrigas internas. La existencia de dos poderes, uno civil, institucional y formal, pero frágil, y otro militar, corporativo y poderoso, pero a la vez dividido y sin conducción, se extenderá a las relaciones exteriores y al modo en que las noticias del país se reflejaban en el mundo. Ello no hacía más que potenciar el debilitamiento de la proyección externa del país, generando en los interlocutores y observadores extranjeros la percepción de que para negociar y tratar con la Argentina había que saber qué pensaban el gobierno y sus representantes y voceros, pero también los distintos formadores de opinión, referentes de las Fuerzas Armadas y personalidades públicas ligadas a ellas. La intensa presión militar y la reacción negativa que produjo en los jefes de las Fuerzas Armadas la posición “tibia” del gobierno argentino frente a Cuba en la Octava Reunión de Consulta de Cancilleres americanos, en Punta del Este (enero de 1962), no pudieron ser contrarrestadas por los esfuerzos diplomáticos del canciller Miguel Ángel Cárcano. La agitación y el clima deliberativo de planteos abiertos de las jerarquías militares contra el gobierno giraban en torno de la posición argentina respecto de un conflicto internacional. Frondizi, finalmente, anunció la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba, el jueves 8 de febrero de 1962, pero las circunstancias adversas se harían irremontables⁷. En sus 47 meses de gestión, había enfrentado más de treinta planteos militares, tuvo cinco cancilleres, cinco ministros de Economía y cuatro secretarios de Guerra. Pese a funcionar como guardianes pretorianos, los generales, brigadieres y almirantes que removieron a Frondizi no tenían planificado cómo actuarían una vez

⁷ El triunfo electoral del peronismo en cinco provincias, el domingo 18 de marzo, y particularmente la victoria del candidato peronista Andrés Framini a la gobernación de Buenos Aires, será el disparador para que finalmente, el miércoles 28, los comandantes de las tres Fuerzas Armadas, Raúl Poggi del Ejército, Raúl Penas de la Marina, y Cayo Alsina de la Aeronáutica, exigieron la renuncia de Frondizi “*a fin de agotar los medios para salvar la organización nacional*”. Ante su negativa, ordenaron su detención y confinamiento en la isla Martín García.

consumado el golpe. Compartían la idea genérica de una suerte de “democracia vigilada” que sirviera para combatir la corrupción atribuida a sectores gubernamentales y el comunismo, tanto en lo que veían como sus manifestaciones externas como en sus versiones vernáculas.

El comunicado de los jefes de las FF.AA. justificando el desplazamiento de Frondizi (29/3/62) denunciaba *“una política gubernamental interferida e inficionada de paralelismos nocivos e inconstitucionales, con nuestra vocación de nación libre, cristiana y democrática”* y explicaba así el desenlace de la crisis: *“Encerrado entre los términos de su propio dilema, el gobierno enfrentaba, por una parte, el resurgimiento de fuerzas extremistas infiltradas en la democracia; por la otra, la inminente posibilidad de disturbios sociales de magnitud. Carecía de fuerza, de autoridad moral y política para resolver la situación. Ni la unión nacional ni el mantenimiento del orden público estaban dentro de la esfera de sus posibilidades reales. Las fuerzas armadas recibieron así, otra vez, la responsabilidad de restaurar aquellos valores(...) Al tomar la decisión de promover el alejamiento del Presidente, creemos salvar a la Constitución y recuperar la fe en sus principios”*⁸.

La teoría del “enemigo interno”: apoyos externos a la “lucha contrainsurgente”

El 9 de abril de 1962, los agregados militares a las misiones diplomáticas establecidas en Buenos Aires fueron invitados a una reunión con el comandante en jefe del Ejército, general Poggi, que se celebraría en el Edificio Libertador. Allí recibieron un informe titulado *“La actual crisis de la Argentina: la misión del Ejército y la guerra revolucionaria”* en el que se explicaba que los estudios llevados a cabo por las Fuerzas Armadas, *“sobre la contienda revolucionaria y sobre el desarrollo de la actividad marxista en el mundo(...) ponen en claro que el enemigo principal de nuestra civilización y modo de vida se encuentra en el corazón mismo de nuestras comunidades nacionales”*⁹.

⁸ Texto reproducido por Albino Gómez, *Arturo Frondizi. El último estadista*, Editorial Lumière, Bs.As., 2004, op.cit., p.239. Ver también Martín Balza, *Bitácora de un soldado, Mis Memorias, de Perón a Kirchner*, Editorial Atlántida, Bs.As., 2015, cap.3 y 4. Balza explica que “el Ejército –anarquizado, indisciplinado y deliberativo- incorporó una doctrina del ejército francés: el concepto de ‘guerra revolucionaria y contrarrevolucionaria’”, Balza, (2015), op.cit., p.71.

⁹ “Informe para los agregados militares extranjeros de parte de los líderes de las Fuerzas Armadas argentinas después del derrocamiento de Frondizi”. Despacho confidencial del Servicio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, 16 de abril de 1962, citado en Martin Edwin Andersen, *Dossier secreto. El mito de la “guerra sucia” en la Argentina*. Ed. Sudamericana, Bs.As., 2000, p.64.

Se destacaba en este documento la participación de *“los Ejércitos de los países libres de América (...) en el Curso Interamericano sobre la Guerra contrarrevolucionaria, fortaleciendo así los estrechos vínculos de amistad de los que son responsables de la Defensa continental conjunta”*. Y explicaba la naturaleza de la nueva amenaza a la seguridad nacional que representaba este tipo de contienda: *“Esta es la razón por la que el enemigo es tremendamente peligroso. No somos atacados desde afuera, no importa cuál sea la fuerza del enemigo, sino sutilmente minados a través de todos los canales de la organización social. Envenena las mentes, debilita el espíritu, fabrica fariseos y falsos profetas y lo distorsiona todo con el paso imperceptible del tiempo. Su acción es similar a la de una termita. La estructura se muestra mientras mina los cimientos. Un buen día todo se desmoronará sobre nuestras cabezas (...)”*¹⁰.

En tal sentido, continuaba precisando: *“Las Fuerzas Armadas argentinas son plenamente conscientes de su deber, que va desde la tarea de esclarecimiento en el campo del pensamiento frente a la actual guerra ideológica-religiosa que está sacudiendo al mundo, al campo de los hechos concretos, señalando en el momento oportuno a los portadores del virus marxista, y especialmente, a los responsables (...) “La guerra contrarrevolucionaria tiene por fin principal evitar la contaminación en masa del pueblo e impedir la captura de las organizaciones básicas del país por ideólogos marxistas y sus agentes. El propósito de esta guerra contrarrevolucionaria es preservar la soberanía ideológica nacional. Esto debe lograrse preferentemente por las leyes de defensa de la democracia y por la salud de las instituciones que deben ser capaces de generar los anticuerpos necesarios para combatir el mal. Sin embargo, a veces la combinación de ciertos factores puede exigir la intervención oportuna de un cirujano que erradique el mal antes de que el cuerpo se debilite demasiado y esté totalmente enfermo”*¹¹.

Estas definiciones sobre la nueva Doctrina de Seguridad Nacional eran consonantes con las orientaciones de Washington en su política hemisférica. Cabe tener presente que en septiembre de 1961, a veinte años exactos de la Ley de Préstamo y Arriendo, y a diez años del Acta de Asistencia Mutua y los Programas de Ayuda Militar, el Congreso de los Estados Unidos había aprobado la llamada “Ley de Asistencia al Exterior”, que incluía programas de ayuda económica y militar. El material bélico otorgado en

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*

préstamo se componía de armamento liviano y material de transporte y logística, aptos para la represión interna y la lucha contrainsurgente.

El propósito, según lo expresará el Secretario de Defensa norteamericano Robert McNamara ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, el 13 de junio del '63, era *“impedir o afrontar conflictos convencionales, es decir no nucleares (seguridad externa) y guerras de liberación nacional (seguridad interna)”*, agregando más adelante que esa asistencia *“sirve a nuestro propio interés nacional, no sólo como instrumento clave de la política exterior y la estrategia militar de los Estados Unidos, sino también como medio de conservar nuestros recursos humanos y financieros sin sacrificar nuestra seguridad”*.

En octubre del '62, contemporáneamente con la crisis de los misiles entre EE.UU. y Cuba, se establece el Colegio Interamericano de Defensa en Washington, con el objeto de dar instrucción a los oficiales de América latina en la lucha contra el comunismo¹². México, Venezuela y Brasil se oponen porque consideran que se está estimulando el militarismo latinoamericano y facilitando el dominio de las ideas estratégicas norteamericanas. La Argentina, en cambio, apoya la iniciativa.

Desde 1960, habían comenzado a realizarse las Conferencias de Comandantes de los Ejércitos de América, con el propósito de *“estrechar lazos de amistad entre los dirigentes de los Ejércitos del hemisferio occidental”*. La primera Conferencia de Ejércitos Americanos, realizada en Panamá en julio de ese año, había fijado una agenda con orientaciones precisas: la lucha contra “la subversión comunista” centrándose en la seguridad interna difuminaba la línea divisoria entre la defensa nacional y la seguridad interna asignándole a los militares el papel de patrullaje de las “fronteras ideológicas” y combate del “enemigo interno”. El jefe del Estado Mayor del Ejército argentino, general José Pablo Spirito, crea un “comité de lucha contra la expansión marxista” de carácter secreto, al frente del cual designa al coronel Alcides López Aufranc, formado en estudios militares superiores en Francia, quien tendrá una activa participación militar y política durante esos años y las dos décadas siguientes¹³.

¹² La élite de oficiales superiores de las Fuerzas Armadas latinoamericanas que implementarán la Doctrina de la Seguridad Nacional en la región a lo largo de las décadas del '60 y '70 será instruida en el Colegio Interamericano de Defensa. En total, 71.651 uniformados habrán pasado por esa academia en Washington entre su creación y fines de 1975. Ver Diego Llumá, *La influencia francesa en los militares argentinos. Los maestros de la tortura*. En revista Todo es Historia, N.422, Bs.As., setiembre 2002. pág.10. También en Horacio Veneroni, Horacio, *La asistencia militar de los Estados Unidos*, Bs.As., (Edición del autor), Bs.As., 1964.

¹³ Citado en Llumá D, (2002), op.cit. También por Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Editorial Sudamericana, 2005, p. 282-283.

En “Guerra Revolucionaria Comunista”, texto publicado en la Revista Militar en enero de 1960, el coronel Osiris Villegas describe en apretada síntesis el núcleo duro de esta concepción: *“El grado de evolución alcanzado por el mundo hasta el presente es, esencialmente, el producto de la lucha entre Europa y Asia, hasta comienzo del siglo actual, para llegar al antagonismo de candente actualidad, conocido como ‘Oriente contra Occidente’, donde hace eclosión un tercer factor, el social, con la conquista de Rusia por el comunismo, en el año 1917, y con ello, la primera etapa de la revolución mundial”*. El proceso así descrito conduciría a *“una nueva forma de guerra cuyo resultado final ineluctablemente no admite en ámbito mundial sino una de dos soluciones: o el triunfo del marxismo, o su destrucción”*¹⁴.

Por otra parte, como resultado de la cooperación militar francesa se realiza, en octubre de 1961, el primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria en la Escuela Superior de Guerra, antes citado. En él participan oficiales de catorce países de América, incluidos los estadounidenses. La apertura de este curso estuvo presidida por el propio Frondizi y el entonces secretario de Guerra, el general Rosendo Fraga. El general Carlos Túrolo, director de la Escuela Superior de Guerra, pronunció allí un discurso en el que llamó a prepararse para encarar una *“guerra sin escrúpulos (...) tanto contra los espíritus como contra los cuerpos”* frente a *“los peores enemigos de nuestra forma de vida”*. Quien secundaba a Túrolo en la ESG, el coronel Alejandro Agustín Lanusse, recordará que *“durante ese curso, el comunismo, su filosofía y sus diferentes cursos de acción en procura de expansión internacional, fueron motivo de especial consideración”*¹⁵. La Revista de la Escuela Superior de Guerra ya había publicado, entre 1959 y 1962, numerosos artículos sobre la base de las conferencias dadas por oficiales de aquel país que habían participado en Indochina (1946-1954) y Argelia (1954-1962)¹⁶.

Pese a que también en esos años empezaron a desarrollarse los ejercicios conjuntos UNITAS con los Estados Unidos, cuya planificación se hacía en el Comando Sur en

¹⁴ Osiris Villegas, *Guerra Revolucionaria Comunista*, en Revista Militar, volumen 183/184/185, enero/marzo 1960. El artículo de Villegas extendido será publicado como libro por la Biblioteca del Oficial del Círculo Militar en 1962 (Vol.525), y será una fuente doctrinaria principal en la formación de los oficiales superiores de las Fuerzas Armadas.

¹⁵ Citado en Llumá D.(2002), op.cit.. Ver también, Daniel Mazzei, *La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1962*, Revista de Ciencias Sociales, Universidad de Quilmes, Bs.As., 2002.

¹⁶ Algunos títulos de esos artículos: *“Una teoría para la guerra subversiva”*, *“Las operaciones francesas contra Port-Said”*, *“Algunos aspectos de la estrategia y de la táctica, aplicados por el Viet-Minh durante la campaña de Indochina”*, *“Radioscopia subversiva de la Argentina”*, *“Inteligencia en ambiente subversivo”*, . Revista de la Escuela Superior de Guerra (1962), Números 344/345/346/347

Trinidad, la ayuda militar norteamericana a la Argentina no es muy considerable en relación con la recibida por otros países de la región: algo más de un tercio de la de Brasil, inferior a la de Chile y similar a la de Perú. Sin embargo, su concentración en el tiempo tiene una evidente significación política. La mitad del monto total de la asistencia recibida en veinte años (1953-1972), 56 millones de dólares, corresponde a cinco años (1962-1966) comprendidos entre las fechas de dos golpes de estado que, según recuerda Alain Rouquié, contaron con la anuencia o el respaldo activo del Pentágono¹⁷.

De esta época data la publicación en español del libro de Samuel Huntington *El Soldado y el Estado*, por el Círculo Militar (1964). El politólogo norteamericano propone allí un nuevo enfoque para las relaciones entre civiles y militares, en el marco de una concepción actualizada de las políticas de seguridad nacional, a las que define como un “*complejo equilibrio entre la autoridad, influencia e ideología de los militares, por una parte, y la autoridad, influencia e ideologías de los grupos no militares, por la otra*”. El traductor de la obra advierte que ésta “*debe ser libro de cabecera para todo oficial de las fuerzas armadas*”, resaltando la importancia de la ética militar profesional y el control civil “*y los peligros de apartarse de ambos principios*”. “*Su lectura y comentario –señala-, puede ser un eficaz auxiliar para mantener la mentalidad profesional en nuestra institución armada*”. Huntington plantea allí “*una mudanza en la actitud, del liberalismo al conservadorismo (que) permitirá a los líderes militares norteamericanos combinar el poder político que la sociedad lanza sobre ellos, con el profesionalismo militar, sin el cual la sociedad no puede perdurar*”¹⁸.

¹⁷ Evolución de la asistencia militar norteamericana (en millones de dólares)

	Argentina	Brasil	Chile
1953-61	3,0	170,6	47,4
1962-65	56,1	109,1	69,5
1966	27,3	30,6	10,2

Fuente: Rouquié, 1982, T2, op.cit, p.356.

¹⁸ Huntington S, (1964), op.cit., p.502. La redefinición teórico-doctrinaria postula a las relaciones civil-militares como un aspecto de la política de seguridad nacional y plantea que el objetivo de ésta es “*mejorar la seguridad de las instituciones sociales, económicas y políticas contra amenazas provenientes de otros estados independientes*”. Se piensa en la política de seguridad nacional en términos amplios, como existente en tres formas: a) la política de seguridad militar, es el programa de actividades “*planeado para disminuir o neutralizar los esfuerzos destinados a debilitar o destruir a la nación realizados por fuerzas armadas que operan desde el exterior de sus límites institucionales y territoriales*”; b) la política de seguridad interna, que trata “*de la amenaza de subversión; es decir, el esfuerzo destinado a debilitar o destruir al estado realizado por fuerzas que operan dentro de sus límites institucionales y territoriales*”; c) la política de seguridad situacional, que concierne “*a la amenaza de erosión proveniente de cambios a largo plazo en las condiciones sociales, económicas, demográficas y políticas y que tienden a reducir el poder relativo del estado*”. El dato nuevo, explica Huntington, es que los cambios tecnológicos y en la política internacional “*se han combinado para convertir ahora a la seguridad en la meta final de la*

La influencia que tienen estos aportes en la formación ideológica de los oficiales superiores argentinos mezcla el nacionalismo ultramontano de raíz anti-liberal, que había visto con simpatía las distintas expresiones del fascismo europeo en los años '30 y '40, y el liberalismo autoritario antiperonista inclinado a un alineamiento activo con los EE.UU. y se mostraba como el sector más afín a los interlocutores norteamericanos. Esta amalgama singular explicará la publicación de un *Manual de Guerra Contrarrevolucionaria* del escritor nacionalista católico Jordán Bruno Genta, en 1962, a pedido del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, como lectura recomendada para sus oficiales superiores. El libro es un encendido discurso ideológico de carácter ultramontano que denuncia al liberalismo como “*antecámara del bolchevismo*”, aboga por una “*educación cristocéntrica, patriótica, tradicionalista y jerárquica*” y a favor de una dictadura militar, “*necesidad absoluta para salvar al país del sufragio universal*”, “*elección inorgánica, niveladora y anónima (...) prostitución universal*”¹⁹. También las enseñanzas de la *escuela francesa* sobre la “guerra sucia” en Argelia e Indochina se incorporarán al esquema de modernización del rol de las Fuerzas Armadas con la inclusión de los instructores y la bibliografía de ese origen en los planes de instrucción promovidos por los Estados Unidos.

Se resolvía así la contradicción de este núcleo del pensamiento conservador, tan fuertemente anticomunista en la Segunda Guerra como en la Guerra Fría, pero más nacionalista y menos dócil ante la superpotencia americana emergente en aquel entonces (respaldada, en algunos casos, en afinidades europeístas –pro-británicas, hispanistas, francesas o prusianas y, en otros casos, en identificaciones latinoamericanistas), y más activamente alineado ahora con los Estados Unidos cuando la Guerra Fría imponía sus dictados a la política interna y externa de los países latinoamericanos. Trascendiendo los cambios de gobierno, y aún de régimen, este

política, antes que un punto de partida. El imperativo funcional ya no puede ser ignorado. Previamente, la cuestión principal era: ¿cuál es el esquema de relaciones civil-militares más compatible con los valores liberales democráticos de los Estados Unidos? Esta pregunta ha sido suplantada ahora por esta otra, más importante: ¿Qué esquema de relaciones civil-militares mantendrá mejor la seguridad de la nación?” Huntington, 1964, op.cit., p.15.

¹⁹ Citado en Rouquié A. (1982), op.cit., T2, op.cit., p.350. Similares conceptos fueron difundidos por la Revista Militar, en la que colaboraba Genta, intelectual de ultraderecha que participó como funcionario del gobierno militar del GOU, redactor de varios de sus más virulentos documentos en 1943, y que seguiría participando en órganos periodísticos afines, como la revista *Cabildo*, hasta su asesinato por un comando guerrillero el 27 de octubre de 1974.

núcleo de ideas y sus más destacados exponentes, no dejarán de acompañar y representar a la política exterior argentina en algún tramo de sus gestiones.

Por otra parte, el asesinato del presidente norteamericano John F. Kennedy, el 22 de noviembre de 1962, asestaría un duro golpe a las corrientes moderadas del continente y derribaría una última resistencia al avance de los *halcones* de toda la región. Con ese trasfondo externo, se produce un nuevo intento del régimen anti-peronista de producir un regreso al orden constitucional mediante elecciones tuteladas por las Fuerzas Armadas y con el peronismo proscripto. Así llegan los radicales de la UCRP al gobierno con poco más de un 25% de los votos.

Pese a sus debilidades de origen, la gestión del presidente Arturo Illia, iniciada el 12 de octubre de 1963 con Miguel Angel Zavala Ortíz en la Cancillería, buscará desplegar una política exterior independiente de las presiones sectoriales e ideológicas de los principales grupos de poder y corporaciones: la anulación de los convenios petroleros, la ley de medicamentos, posiciones moderadas o fluctuantes sobre el conflicto del canal de Panamá, la no intervención militar en República Dominicana y posiciones moderadas sobre Cuba en la OEA, convenios comerciales con la Unión Soviética, la resolución 2065 de la ONU sobre Malvinas, las conversaciones con Chile para abordar de manera conjunta el litigio por el canal de Beagle²⁰. Los altos mandos de las Fuerzas Armadas estaban en ese momento ocupadas en otros asuntos: la resolución de las contradicciones y conflictos internos que se arrastraban desde el '55 se inclinaría a favor del general Onganía y el grupo de civiles y militares que lo asesoraban. Con la imposición del sector "azul", en torno a este general se unificaron todas las corrientes ideológicas del Ejército y se alinearon las otras dos fuerzas, Marina y Aeronáutica. El sector triunfante termina de definir en su favor esa disputa intra-militar y con ese impulso encara cambios profundos dentro del Ejército que incluyen la eliminación del viejo cuerpo de Caballería, la reorganización de las brigadas y del Estado Mayor. Siguiendo el modelo del de los Estados Unidos, se crea la Jefatura VI de investigación y planificación –a cargo de los generales Nicolás Hure y López Aufranc- para planes de largo alcance que incluían estudios de desarrollo económico-social y de relaciones internacionales.

²⁰ Pedro Baquero Lazcano, *Arturo Illia: política internacional*, Ed. Molina, Córdoba, 1983, p.4. Citado en *Paradiso*, 1993, p.148.

En la misma línea se organiza el Curso de Coroneles en el Centro de Altos Estudios, dependiente del Comando de Institutos Militares y la Secretaría de Guerra. A cargo del Director de la Escuela Superior de Guerra, el general Juan Enrique Guglielmelli, este curso venía a ofrecer una apertura a diferentes aspectos de la formación política y académica en la idea de que los altos mandos debían asumir un papel significativo en la defensa y promoción de los “objetivos nacionales”²¹.

En coincidencia con esta reorganización interna de las Fuerzas Armadas, se suscribe un nuevo convenio argentino-estadounidense de asistencia militar, el 7 de julio de 1964, que implica para nuestro país “*desarrollar la propia capacidad de defensa*” mediante la compra de equipamiento de los Estados Unidos. Hasta entonces, a diferencia de la mayoría de países latinoamericanos, Argentina no tenía firmado ningún pacto militar bilateral con los Estados Unidos. El acuerdo, firmado por los ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa, no es sometido al Congreso y supone un afianzamiento del vínculo inter-militar en las relaciones bilaterales, en momentos en que las relaciones diplomáticas formales transitaban el carril de una más que moderada corrección. Su preámbulo invoca la asistencia “*a cualquier estado americano objeto de un ataque armado*” y la actuación conjunta “*para la defensa y para el mantenimiento de la paz y de la seguridad del continente americano*”, lo cual institucionaliza el entrenamiento de militares argentinos en bases norteamericanas²².

Los efectos de la cooperación militar con los Estados Unidos se observan, por otra parte, en un incremento de la actividad de difusión del pensamiento concerniente a la Guerra Fría y la lucha contra el comunismo en el ámbito de la oficialidad superior, que desplaza de su lugar de relevancia a la cumplida por los militares franceses.

Una instancia clave en esta reubicación del papel que les cabría a los militares en el esquema institucional de los países americanos es el discurso que pronuncia Onganía como comandante en jefe, ante la V Conferencia de los Ejércitos Americanos en la

²¹ Las materias que se dictan incluyen tanto aquellas clásicas como Defensa Nacional, Estrategia militar y operacional, Conducción, Inteligencia y Comunicaciones, con otras como Dinámica de las Relaciones Internacionales, Sociología y Psicología, con bibliografía actualizada. A ello se agregan “cursillos” que abordan temas como Problemas políticos contemporáneos en el marco mundial, Las Naciones Unidas y el Derecho Internacional Público, Política Internacional Argentina, Problemas del Desarrollo del Potencial Nacional, Potencial Nacional y Defensa, Ciencia, Técnica y Defensa Nacional, Guerra Revolucionaria y Problemas políticos contemporáneos en el marco hemisférico. Como personal superior de este centro de formación militar figuran, en calidad de Jefe de Grupo de Altos Estudios, el coronel Jorge Raúl Caragno, y como auxiliares, los mayores Horacio Tomás Liendo y Reynaldo Bignone. *Curso de Coroneles, Programa y Bibliografía*, publicación del Centro de Altos Estudios del Comando de Institutos Militares, 1964.

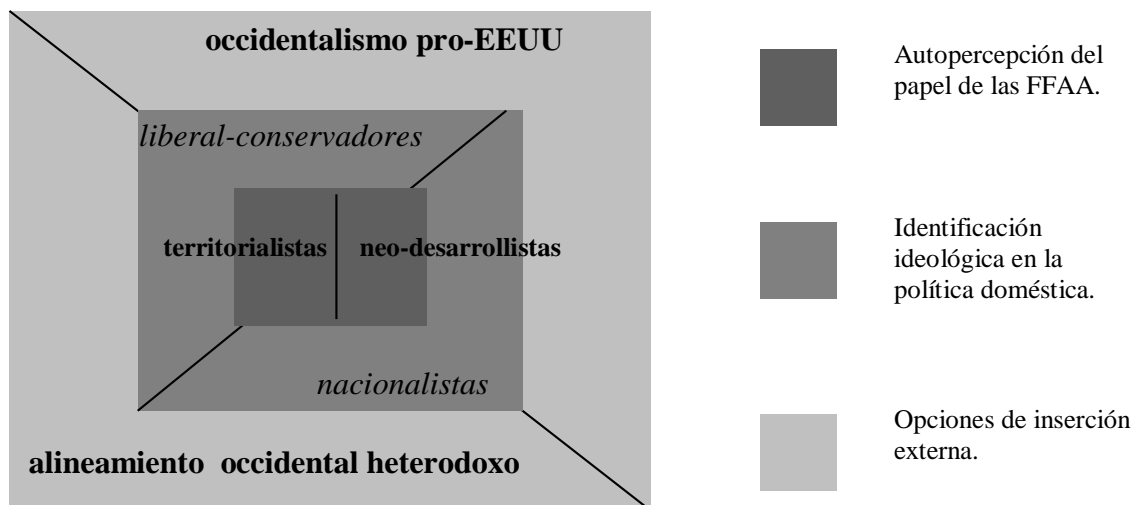
²² Diario *La Nación*, 8/7/64. Para un análisis detallado de las implicancias de dicho convenio, ver *Veneroni*, 1964, op.cit.

Academia de West Point, en Nueva York, el 6 de agosto del '64. En esa reunión participaron los comandantes en jefe de 18 países del continente y se trató un amplio temario: organización para el adiestramiento de las reservas, administración económica en lo militar, papel de los militares en la seguridad interna, relaciones cívico-militares, papel de los militares en América latina, ejercicios de campaña y puestos de comando²³. En esos mismos días, comenzaban los bombardeos estadounidenses sobre Vietnam del Norte y en nuestro país el gobierno de Illia se veía agobiado por varios frentes, obligado a reconocer la existencia de una “célula terrorista” –así lo informan los diarios- y de un “plan de acción subversiva comunista de grandes proyecciones”, con campamentos guerrilleros en Icho Cruz, Córdoba, y Orán, Salta. La internalización de la Guerra Fría y el peso de la constelación militar dentro de las esferas de poder empiezan a generar un evidente desequilibrio en el arreglo institucional y en la agenda pública.

Las Fuerzas Armadas se presentan como un actor crecientemente homogéneo y disciplinado frente a una dirigencia política dividida y un gobierno superado por las circunstancias. Aunque detrás de esa aparente homogeneidad militar galvanizada por aquella reformulación doctrinaria era posible diferenciar dos grandes tendencias: a) una, a la que podemos definir como “territorialista” y “pretoriana”, representada por figuras como el citado general Villegas o el almirante Isaac Rojas, concentrada en la cuestión de la seguridad nacional asociada con la llamada “guerra contrarrevolucionaria”, las hipótesis de conflicto interno y externo y en la adaptación del esquema institucional a una mayor participación militar en la conducción del Estado, b) otra, a la que podemos definir como “neo-desarrollista” y más institucionalista, representada por los generales Carlos Rosas y Juan Guglielmelli, que vincula el concepto de la seguridad nacional a una estrategia más amplia de desarrollo económico y social y al aprovechamiento de los

²³ En su discurso sobre “el Gobierno, las Fuerzas Armadas y la comunidad nacional” el jefe del Ejército argentino aborda de manera especial “los límites de la obediencia de las instituciones armadas al poder establecido”. A las funciones clásicas de las instituciones armadas en el marco de la democracia representativa, el discurso de West Point (al que pasó a llamarse “doctrina Onganía”), añadía la misión de colaborar en “*el desarrollo económico y social del país*” y “*preservar los valores morales y espirituales de la civilización occidental y cristiana*”. Precisaba además que “*el deber de obediencia al poder establecido (cesa) si se produce al amparo de ideologías exóticas, un desborde de autoridad que signifique la conculación de principios básicos del sistema republicano de gobierno, o un violento trastocamiento en el equilibrio e independencia de los poderes, o un ejercicio de la potestad constitucional que presuponga la cancelación de las libertades y derechos de los ciudadanos*”. Reclama de los gobernantes la obligación correlativa de posibilitar la cooperación de las Fuerzas Armadas “*en la grande acción de gobierno*”. Eran, como se ve, demasiadas condiciones las que exigía la proclamada sujeción a las autoridades civiles. En Rouquié A. (1982), Tomo 2; Potash R. (1994), op.cit., Tomo 2, 1ª Parte, p.199. Discurso de Onganía, en Clarín, 7/8/64.

recursos naturales (petróleo, gas, hidrocarburos)²⁴. Ambas corrientes absorberán los alineamientos internos entre *nacionalistas y liberales*, o *halcones y palomas*, y mientras los primeros estarán más acentuadamente comprometidos con el estrechamiento de las relaciones y la cooperación militar con Estados Unidos, los segundos pondrán el énfasis en el contexto regional latinoamericano y su realidad socioeconómica (ver gráfico). “Territorialistas” y “neo-desarrollistas” compartirán, por otra parte, una mirada atenta a la política exterior brasileña y al creciente desequilibrio de poder que -observaban con preocupación- relegaría a la Argentina respecto de Brasil. Pero mientras los primeros se inclinarán por acentuar la rivalidad y el conflicto, recreando las temáticas de la antigua competencia geopolítica, los segundos apuntarán a la superación del subdesarrollo y la construcción de un área común del Cono Sur, buscando incorporar en el ámbito doméstico el modelo estatal industrialista adoptado en el vecino país. Estos dos sectores internos confluirán, de todos modos, en un proyecto de modernización autoritaria que se impondrá primero hacia dentro de la corporación militar y luego hacia el resto del sistema político.



Una vez más el país vivirá sumergido en la misma escalada de crisis que terminará desencadenando el desplazamiento de un gobierno civil debilitado. Como ya ocurriera en 1962, el triunfo del peronismo bajo distintos sellos, en elecciones legislativas de marzo de 1965, inicia una cuenta regresiva potenciada por alternativas de la política externa en las que se pronuncia el marcado carácter bicéfalo en las relaciones exteriores

²⁴ Bosoer F., (2005) op.cit., p. 289.

del país. Mientras tanto, la instalación de regímenes militares con el respaldo de los Estados Unidos comenzaba a adquirir proyección regional, particularmente a partir del golpe de Estado de abril del '64 en Brasil²⁵.

El 28 de junio de 1966, el presidente Illia es desalojado de la Casa Rosada por una "Junta Revolucionaria" integrada por los comandantes en jefe de las tres fuerzas, teniente general Pascual Pistarini, brigadier Adolfo Alvarez y almirante Benigno Varela. Al día siguiente, el teniente general Onganía asume la presidencia con un nutrido equipo de gobierno que invoca nuevamente una pretensión refundacional, el propósito de producir una "*Revolución Argentina*".

El derrocamiento de Illia se justifica articulando de manera directa la política interna con la política exterior. La acción de las Fuerzas Armadas se hace "*en cumplimiento de su misión de salvaguardar los más altos intereses de la Nación... y encauzar definitivamente al país hacia la obtención de sus grandes objetivos nacionales*".

Asimismo, la descripción del estado de cosas que presenta la proclama revela la combinación de una concepción ultraconservadora y una intención modernizadora en este golpe de Estado: "*(...) La pésima conducción de los negocios públicos por el actual gobierno, como culminación de muchos otros errores de los que les precedieron en las últimas décadas, de fallas estructurales y de la aplicación de sistemas y técnicas inadecuadas a las realidades contemporáneas, han provocado la ruptura de la unidad espiritual del pueblo argentino, el desaliento y el escepticismo generalizados, la apatía y la pérdida del sentir nacional, el crónico deterioro de la vida económico-financiera, la quiebra del principio de autoridad y una ausencia de orden y disciplina que se traducen en hondas perturbaciones sociales y en un notorio desconocimiento del derecho y de la justicia*".

"*Todo ello ha creado condiciones propicias para una sutil y agresiva penetración marxista en todos los campos de la vida nacional, y suscitado un clima que es favorable a los desbordes extremistas y que pone a la Nación en peligro de caer ante el avance del totalitarismo colectivista*". Se fijan, asimismo, metas tan amplias como "*recuperar la dignidad internacional*", "*modernizar la Argentina*", "*asegurar la unión nacional*", "*posibilitar el bienestar general*" y "*reencauzar al país por el camino de su grandeza*"²⁶.

²⁵ Cisneros A., Escudé C. (1998), op.cit., cap.66; Guillermo O'Donnell, *El Estado Burocrático Autoritario: 1966-1973*. Editorial de Belgrano, Bs.As., 1982, Cap.2.

²⁶ *Acta de la Revolución Argentina*. El encargado de leer el mensaje al país es el mayor Ramón Camps, ayudante de Onganía cuando éste ocupaba el Comando del Ejército y en la misma función ahora junto a

En la práctica, lo que se observará en esta nueva experiencia autoritaria es la recurrencia de las pugnas, forcejeos y demostraciones de fuerza entre los distintos intereses y posiciones de los actores intervinientes. Tal como ocurriera en 1943 y en 1955, existirá una inicial aprehensión en el Departamento de Estado, el Capitolio y la Casa Blanca por el regreso de los militares al gobierno. A ello se deberá la demora del gobierno norteamericano, que tardó dieciocho días en reconocer al nuevo régimen militar. Pero esto, lejos de debilitar al nuevo poder de facto, fortaleció inicialmente al ala nacionalista de las Fuerzas Armadas y sus asesores civiles más reacios a un excesivo compromiso con Washington.

Conclusiones

De lo expuesto en este trabajo, interesan destacar algunas conclusiones preliminares. El período analizado (1962-1966) responde a las características de lo que Rouquié define como “períodos nodales”. Esto es, fases en que se entablan nuevas relaciones cívico-militares, o un replanteo de las existentes, debajo de una superficie de precaria estabilidad: “*Un tiempo estancado, que es la imagen de una vida política en la cual el acontecimiento explosivo es el aliado de las intrigas florentinas más refinadas*”²⁷. En este *período nodal*, coincide la percepción de cambios fundamentales en el ambiente internacional con la presencia de una misma élite dirigente influyendo en la orientación general de la política exterior; en algunos casos desde dentro del gobierno, en otros desde fuera de éste –sea desde otras áreas del Estado o desde esferas influyentes de la sociedad civil- pero con alta capacidad de impugnación o veto, neutralización o respaldo. La ausencia o debilidad del liderazgo presidencial, que transforma a esa instancia en un campo de disputas y confrontaciones palaciegas, es otra característica común a los tres períodos.

En segundo lugar, se observa durante este interregno la progresiva justificación del rol de las Fuerzas Armadas en los procesos políticos fundamentales; atribuida a la crisis de su clase dirigente y su incapacidad para enfrentar los desafíos externos e internos. Es un rasgo que compartirán en esa época tanto las corrientes tradicionales del

Pistarini. Camps tendrá actuación principal en la represión durante la última dictadura militar (1976-1982), como jefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, responsable de torturas y desapariciones y condenado por la Justicia a cadena perpetua, tras la recuperación democrática, durante los juicios impulsados en la presidencia de Raúl Alfonsín.

²⁷ En Rouquié, A. (1982), op.cit., Tomo I, p. 21. Citado en Bosoer, F. (2005), op.cit., p.386-387.

conservadorismo, las ideas “renovadoras” o “modernizadoras” del desarrollismo como los sectores de la llamada “izquierda nacional” que, al calor de otros procesos internacionales como la revolución cubana o la revolución *nasserista* en Egipto, terminarán tributando al mismo clima ideológico legitimatorio del rol de los militares en las definiciones político-estratégicas del Estado.

En tercer lugar, la Doctrina de la Seguridad Nacional, que se explicita a partir de 1959/1960 e inserta los procesos políticos nacionales latinoamericanos en el marco hemisférico de la Guerra Fría, entendido como una lucha total y frontal entre “Occidente y Oriente” a librarse en cada país y en distintos frentes, prepara a las Fuerzas Armadas para operar como institución tutelar de los gobiernos y, virtualmente, como fuerzas de ocupación de sus respectivos países. El anticomunismo y la idea del enemigo interno como un “otro” extraño o exógeno, considerado como la personificación de la “antipatria” serán elementos claves de esta concepción, que será compartida por sectores de las elites civiles más influyentes²⁸.

El régimen militar instalado en 1966 aparece a los ojos de los sectores dirigentes, los voceros de opinión de los principales medios periodísticos y los observadores de Washington, como una vía autoritaria hacia la modernización del país, que permitiría a la vez ordenar y disciplinar sus fuerzas sociales e insertar su economía en el escenario hemisférico inscripto, ya definitivamente, en los cánones de la Doctrina de la Seguridad Nacional²⁹. El modelo “burocrático-autoritario” se diferenciará de anteriores experiencias dictatoriales por algunos rasgos distintivos, entre los cuales se destaca la pretensión de “despolitizar” la tarea de gobierno a través de la participación de asesores, expertos y tecnócratas en las instancias principales de asesoramiento gubernamental en este caso, militares a cargo de funciones ejecutivas. En todo el Cono Sur este modelo acompañará la implantación de dictaduras militares entre mediados de los años ‘60 y los primeros años de los ‘70: la Argentina (1966-1972), Brasil (1964-1979/85), Uruguay (1973-1984) y Chile (1973-1990).

Finalmente, se habían planteado en el seno de la corporación militar y sus adyacencias civiles, concepciones y proyectos autoritarios de profunda remodelación del Estado y de la sociedad, los que sumados a la instalación de la violencia armada y la polarización ideológica en la lucha política interna que signó el retorno del peronismo al poder,

²⁸ Bosoer, F. (2005), op.cit. p. 392-394. Ver también Federico Finchelstein, *Orígenes ideológicos de la “guerra sucia”. Fascismo, populismo y dictadura en la Argentina del siglo XX.*, Editorial Sudamericana, 2016, p.261.

²⁹ O'Donnell G (1982), op.cit, pág. 14.

tendrían largos alcances y consecuencias trágicas entrados los años '70. Como escribirá Guillermo O'Donnell en las postrimerías del último ciclo dictatorial, el del autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional* (1976-1983), en aquel período 1966-1973 “*se puede ver el germen de muchas de las tragedias que desde entonces nos han azotado*”³⁰.

³⁰ O'Donnell G. (1982), *op.cit.*, *Introducción*.